

Austria, Rusia, Prusia é Inglaterra estuvieron respectivamente representadas por los generales conde Walmoden, conde Capo d'Istria, Knessbeck y sir Carlos Stewart. Una vez reunidos los generales extranjeros y los plenipotenciarios franceses, Lafayette expuso que la misión de que él y sus colegas estaban encargados tenía por objeto principal la conclusión de un armisticio destinado á dejar á Francia y á los aliados el tiempo necesario para negociar la paz. M. de Laforêt, confirmando esta declaración, añadió «que el mantenimiento de la independencia y de la libertad francesas constituían el único fin de los poderes que habían obligado á Napoleón á abdicar; que estos poderes no prejuocaban ninguna cuestión de gobierno ni de dinastía; que ellos no habían contraído compromiso alguno, y que Francia, cuyo territorio y derechos habían prometido respetar los soberanos, les enviaba á ver qué medios quedaban para poner fin á los males de la guerra.» Después de una larga y viva discusión, dominada con impertinente violencia por el general Stewart, éste manifestó de pronto á sus colegas «que si querían tratar con los franceses lo harían sin Inglaterra, pues él no tenía poderes para ello.» Estas palabras pusieron fin á la conferencia.

Aquella misma noche Lafayette y sus compañeros recibieron una notificación verbal en que se les decía que, «según el tratado de alianza, ninguna de las potencias contratantes podía tratar de paz ni de armisticio sino de común acuerdo; que, por tanto, las cortes de Rusia, Prusia y Austria declaraban no poder entrar por el momento en ninguna negociación, y que los gabinetes se reunirían tan pronto como fuese posible.» Uno de los plenipotenciarios hizo preguntar si la comisión podía quedarse en el cuartel general y seguir á los soberanos. La contestación fué negativa, y á la mañana siguiente, muy temprano, una escolta acompañó á los comisarios franceses hacia Basilea. De vuelta á París, en la noche del 4 de julio, disimularon el papel ridículo que habían representado, abrigando su amor propio bajo una nota que el *Monitor* publicó el día siguiente y en que se desfiguraba completamente la verdad. «Los plenipotenciarios han vuelto, decía, entre otras cosas, la nota en cuestión. Las conferencias empezadas en Haguenau quedan aplazadas hasta que el ministro de Inglaterra reciba poderes; se reanudarán en París, donde los soberanos aliados y sus ministros no tardarán en

llegar. Los soberanos aliados, fieles á sus declaraciones, anuncian las disposiciones más liberales y la intención más pronunciada de no imponer á Francia ninguna forma de gobierno, para dejarla en esto perfectamente libre.» No cabe mayor menosprecio del sentido común y de la verdad; cada aserción de esta nota era una imposibilidad moral ó una descarada mentira.

Dejamos á Lafayette tratando en vano de hacerse abrir la reja del jardín de la Cámara. Por fin tomó el partido de retirarse. Promotor de la crisis, veía ahora el resultado y podía contemplar su obra: París en manos del extranjero. Aún más: en la tarde de aquel mismo día, el autor de la declaración de permanencia pudo asistir en calidad de espectador ocioso al desfile del cortejo de Luis XVIII, que fué á tomar posesión de aquel palacio de las Tullerías, de donde los prusianos habían arrojado el día antes á los miembros del efímero gobierno creado en la noche del 23 de junio.

Por segunda vez los Borbones volvían á Francia en seguimiento del enemigo. Aquella entronización deplorable y sus duras condiciones causaron la desgracia de dicha familia; fué el estigma indeleble marcado en la frente de todos sus príncipes. Mas por lo mismo que Luis XVIII y los suyos marchaban detrás de los prusianos y de los ingleses, no habían podido entregar la Francia á Blücher y á Wellington, ni abrir á estos dos generales el camino y las puertas de la capital. Otras manos habían realizado semejante obra. Sin embargo, quince años más tarde, cuando la rama primogénita de Borbón tuvo que ir por segunda vez á expiar en el extranjero la falta de su origen, ¿qué hombres políticos surgieron al día siguiente? ¿A qué influencias fueron entregados los destinos de la nación francesa, tan crédula como olvidadiza?

La mayor parte de los hombres que intervinieron en los acontecimientos comprendidos entre la vuelta de Napoleón al Elíseo, en 20 de junio, y la segunda capitulación, fueron traidores ó insensatos. Mas para la historia justiciera, los imbéciles y cobardes, lo mismo que los traidores, los que exigieron la abdicación y paralizaron toda resistencia, como los que solicitaron la capitulación y la aplaudieron, son todos igualmente culpables ó cómplices de la segunda invasión, y en todos recae, antes que en los Borbones, la responsabilidad política y moral de sus vergonzosas y lamentables consecuencias.

CAPÍTULO SEGUNDO

Luis XVIII en Arnouville y en Saint-Denis.—Comisión del coronel Macirone, agente de Fouché, para Wellington.—Nota de Talleyrand para el duque de Otranto.—Entrevista de Wellington y Fouché en Neuilly.—Los realistas secundan al general inglés para hacer entrar á Fouché en el ministerio.—Fouché es presentado á Luis XVIII por Talleyrand; su nombramiento de ministro de Policía.—Composición definitiva del ministerio.—Aspecto de París el día 8 de julio.—Entrada del rey.—Cantos y danzas en las Tullerías.—Monumentos en peligro de ser volados por los prusianos.—Saqueo del Museo y otras colecciones públicas.—Cuadro de la ocupación de París por las tropas aliadas.—Miseria de los habitantes.—Resistencia de la población rural de Alsacia, los Vosgos, la Lorena y la Champaña.—Los aliados exigen la disolución del ejército; ordenanza para su reorganización.—El ejército del Loira; manifiesto de Davoust.—Ordenanza de proscripción.—Davoust reemplazado por Macdonald.—Resistencia de las plazas fuertes.—Sublevación de las tropas de Estrasburgo.—Licenciamiento definitivo del ejército.—Primeras negociaciones diplomáticas.—Exigencias de los aliados.—Carta geográfica de Francia trazada por los ministros coligados.—Entrevista de Luis XVIII con Alejandro y el duque de Wellington.—Ultimátum de los aliados.—Convocatoria de la Cámara.—Las elecciones.—Nuevos pares de Francia.—Caída de Fouché.—Caída de Talleyrand.—Formación de un nuevo gabinete bajo la presidencia de Richelieu.—Nuevas negociaciones; nuevas exigencias de los aliados.—Protocolo secreto del 2 de octubre.—Apertura de las Cámaras; discurso de la Corona.—Tratado y convenios del 20 de noviembre.—El duque de Wellington es nombrado comandante en jefe del ejército de ocupación.—Tratado de la Santa Alianza.

Mientras se desarrollaban los acontecimientos que acaban de referirse, Luis XVIII había continuado su viaje hacia París en seguimiento del ejército inglés. Salió de Roye inmediatamente después de haber recibido el despacho en que Wellington le comunicaba desde Estrées su primera conferencia con la comisión de armisticio. Tomó la ruta de Gonesse, donde el duque había establecido su cuartel general, y pasó tres días en el castillo de Arnouville, situado á un cuarto de legua de la población. El 5 de julio, sabedor de que las tropas inglesas habían pasado el Sena, acampando en el bosque de Boulogne, y de que Wellington había transportado su cuartel general al castillo de Neuilly, el rey se trasladó á Saint-Denis, que los soldados franceses habían entregado en la mañana del día anterior en manos de un destacamento de tropas británicas. En Roye y en Arnouville Luis XVIII había empezado á distribuir altos empleos; pero fué en Saint-Denis donde se ultimaron las combinaciones ministeriales, como también una negociación entablada por el duque de Wellington á fin de hacer entrar á Fouché en el nuevo gabinete. Esta negociación tuvo curiosos preliminares. El cuartel general inglés se hallaba todavía en Gonesse cuando el coronel Macirone, agente del duque de Otranto, después de haber sido sucesivamente detenido por la guardia francesa y por las avanzadas inglesas durante un día y dos noches, pudo al fin continuar su camino y entregar, el 4 de julio, á Wellington la nota que le había confiado Fouché. El general acababa de llegar de Saint-Cloud y refería á Talleyrand, á sir Carlos Stuart, al general ruso Pozzo di Borgo y al conde de Goltz, ministro de Prusia, los detalles de la capitulación. Los acontecimientos se habían adelantado dos días á la nota de Fouché, escrita en la noche del 2 y concebida en los siguientes términos: «El ejército resiste porque está intranquilo; que se le den garantías y se someterá. Las Cámaras se hallan en oposición por igual motivo; dad garantías á todo el mundo, y todos estarán de vuestra parte.» Talleyrand dictó á Macirone una nota que decía: «El rey concederá toda la antigua Carta, inclusa la abolición de la confiscación de bienes; la convocatoria inmediata de los colegios electorales para la formación de una nueva

Cámara; la libertad de imprenta; la unidad del ministerio; la iniciativa recíproca de las leyes, por medio de mensaje de parte del rey y mediante proposiciones de parte de las cámaras, y el carácter hereditario de la dignidad de par.» Firmaron esta nota todos los diplomáticos presentes, que aún suponían en los poderes de París una autoridad que habían perdido con la rendición de la capital y la retirada del ejército.

Wellington despidió á Macirone, encargándole dijese á Fouché que el día siguiente, 5 de julio, se encontraría en Neuilly dispuesto á recibirle á cualquier hora. Fouché acudió á la cita por la noche, y encontró al general inglés en compañía de Talleyrand, Pozzo di Borgo, Goltz y Stuart. Wellington preguntó al presidente del gobierno provisional si había tomado en consideración las medidas indicadas en su *memorandum* de la víspera. En vez de contestar, Fouché se extendió en consideraciones sobre las dificultades de la situación. Dijo que los revolucionarios disponían de las masas antirrealistas; que desde el 20 de marzo había necesitado toda su experiencia y la confianza que le dispensaban todos los partidos, para sustraer á los monárquicos, débiles y sin influencia, á las iras provocadas por sus alardes y amenazas; que la capitulación entregaba París á los aliados, pero no al rey, y que el restablecimiento de Luis XVIII en el trono sólo podía efectuarse con el concurso de un hombre cuyo pasado ofreciese suficientes garantías á las pasiones y á los intereses revolucionarios, y que dominara, por su posición á todos los demás partidos políticos. Aquellos elogios de sí mismo y aquel cuadro desfavorable á la causa de la monarquía fueron todo lo que Wellington pudo obtener del duque de Otranto, de quien se separó á las cuatro de la madrugada. La conferencia, sin embargo, no resultó estéril, pues confirmó al general en un proyecto que meditaba desde su entrada en el territorio francés. Dos días antes, encontrándose en Arnouville con el barón de Vitrolles, que había ido á saludar al rey, Wellington le había dicho: «Todo se reduce, para Luis XVIII, á una cuestión de cosas: la escarapela tricolor, y á una cuestión de personas: Fouché.—Hubiera comprendido la conservación de la escarapela

tricolor en 1814, contestó Vitrolles; pero un hace año que el blanco es el color de la monarquía, todos los realistas llevan la escarapela blanca, con ella combate el Vandeadado, y las provincias meridionales enarbolan en este momento la bandera blanca. En cuanto á Fouché, no es el hombre que, por lo visto, os figuráis. He tenido ocasión de juzgarlo. De todos modos, nunca pretendió imponerse, ni me manifestó jamás otro deseo que el de permanecer en Francia y vivir con el decoro de su rango.—Alguna concesión puede hacerse sobre las cosas, replicó el duque, pero no sobre las personas; Fouché es indispensable en el nuevo gabinete.» La importancia que el generalísimo inglés daba á la entrada inmediata del duque de Otranto en el consejo de Luis XVIII tenía su fundamento.

Las cuatro grandes potencias no aportaban en la guerra contra Francia igual suma de sacrificios. Austria, Prusia y Rusia proporcionaban sus soldados; Inglaterra daba sus soldados y su oro; sus subsidios cubrían en gran parte los gastos comunes. La alianza tenía por objeto el derrocamiento de Napoleón y la restauración de Luis XVIII. Napoleón había caído; y desde el momento que Luis XVIII volvía á ocupar el trono, el *estado de guerra* cesaba; con lo cual Inglaterra veía el término de las cargas abrumadoras que se imponía hacia ya veinte años. El gabinete de Londres deseaba tanto más la conclusión de la guerra, cuanto que ninguna indemnización territorial podía compensar nuevos sacrificios; los tratados de 1814 le habían dado todas las posiciones marítimas y todos los dominios coloniales que podía desear. La situación de las tres grandes potencias continentales era muy distinta. Después de la jornada del 18 de junio y la rendición de París, ¿qué les importaba el fin ó la continuación de aquella crisis? Mientras durase la guerra, sus tropas tenían asegurado el sueldo, y si faltaban los subsidios ingleses, la Francia vencida é invadida les indemnizaría con creces. Nada les importaba tampoco el interés de los Borbones. Austria era del todo indiferente á la causa de esta familia; Austria no había perdonado todavía á Luis XVIII el tratado secreto del 3 de enero; y en cuanto á Prusia, se manifestaba abiertamente hostil; lo que ella exigía, como consecuencia de la victoria, era el desmembramiento de Francia. Dadas las circunstancias, Inglaterra tenía un interés poderoso en que Luis XVIII volviese á ocupar el trono antes de que los soberanos pudiesen discutir la oportunidad ó las condiciones de su restauración; de ahí los numerosos despachos de Wellington al monarca, invitándole á seguir paso á paso al ejército inglés; de ahí que el duque apelase á todos los medios posibles para la instalación inmediata de Luis XVIII en las Tullerías. El generalísimo inglés estaba convencido de que si no interesaba á Fouché en la restauración del rey, éste se vería obligado á permanecer en Saint-Denis hasta la llegada de los soberanos extranjeros, lo que hubiera perjudicado á la autoridad y al prestigio de Luis XVIII, suponiendo que volviese á ocupar el trono. Por esto aconsejó á este príncipe que tomase á Fouché á su servicio. El rey opuso al principio alguna resistencia, pues odiaba al duque de Otranto; pero cedió al consejo de los realistas más intransigentes, que opinaban como Wellington en cuanto á la conveniencia de utilizar los servicios que podía prestar

Fouché á la monarquía en aquel momento. Hay que tener en cuenta que el jefe del gobierno provisional había hecho concentrar desde el día antes, en las barreras que conducían á Saint-Denis, una infinidad de agentes de la policía secreta, cuya misión consistía en excitar al pueblo de los barrios bajos contra la capitulación, contra los Borbones y sus partidarios, contra los realistas que acudían á ver al monarca, dejándoles pasar á la ida, pero cerrándoles el paso á la vuelta. Maltratados á la salida de París y rechazados á su regreso; obligados á permanecer en Saint-Denis, donde ninguno encontraba ya albergue; impacientes además por ver á Luis XVIII reinstalado en las Tullerías, los cortesanos invocaban á voz en grito, contra la exasperación popular y contra aquellas barreras cerradas, la influencia y el concurso de Fouché, sin el cual, decían ellos, no podía esperarse ni seguridad para el rey, ni salvación para Francia, pues era el único hombre que, después de haber salvado á París, era capaz de llevar á término la restauración del trono legítimo. En vano el barón de Vitrolles afirmaba que el rey podía entrar inmediatamente en la capital con una simple escolta; los cortesanos pusilánimes que no aportaban al monarca más que vanas protestas de adhesión, con las manos tendidas para recibir ó pedir alguna prebenda, hicieron que Luis XVIII creyese en la necesidad de conjurar grandes peligros aceptando los servicios de Fouché.

En la tarde del 6, Wellington y Talleyrand tuvieron en Neuilly la concertada entrevista con el duque de Otranto, á quien comunicaron la noticia de que el rey aceptaba su concurso, y aquella misma noche, en Saint-Denis, el príncipe de Benevento presentó á Luis XVIII su futuro ministro. Esta presentación fué uno de los espectáculos más extraños de aquella época tan fecunda en contrastes: un antiguo fraile, viudo, casado en segundas nupcias y padre de tres hijos, entrando del brazo de un ex obispo, casado también, en el gabinete de un rey cristiano, hijo mayor de la Iglesia; rey que aquel fraile se había ofrecido varias veces á sacrificar, como todos los individuos de su familia, á millón por cabeza; cuyo hermano y cuyo predecesor habían sido condenados á muerte por el mismo fraile y que, sin embargo, iba á tomar á éste por consejero y por ministro! La entrevista fué corta. Luis XVIII pidió á Fouché algunos informes generales sobre la situación de París, y el duque se los dió en breves palabras, prometiéndole para el día siguiente una memoria detallada sobre la situación. Entonces le anunció el rey que, en vista de los servicios que le había prestado y de que tenía conocimiento por Wellington, le confiaba el ministerio de la Policía, esperando que en él le prestaría nuevos servicios. Al retirarse, el duque de Otranto pareció haberse quitado de encima un enorme peso; á pesar de su audacia, no había podido dominar cierta agitación en presencia del hermano de Luis XVI, en presencia del príncipe cuya muerte había aconsejado tantas veces; Talleyrand lo notó, y aquel indicio de vulgar debilidad halagó su vanidad de gran señor. «Duque de Otranto, dijo á su colega con un acento de superioridad burlona, se me figura que estabais emocionado.» Fouché volvió tarde á París. Obligado á ocultar á sus compañeros de gabinete el verdadero motivo de sus dos viajes á Neuilly, explicó que su doble ausencia obedecía á razones de utilidad política,

que siendo el convenio de Saint-Cloud un acto exclusivamente *militar*, había necesidad de convenir con Wellington la cuestión de *gobierno*.

Talleyrand se ocupó en completar la reorganización del consejo de la Corona. A fin de obtener la *unidad* prometida en el manifiesto de Cambrai, el príncipe de Benevento quiso echar mano de hombres que hubiesen intervenido, como Fouché y como él mismo, en los actos de la Revolución y del Imperio, pero que hubiesen dado, sin embargo, pruebas de adhesión á la Monarquía. Las carteras fueron así distribuidas: Hacienda, barón Luis; Guerra, general Gouvión Saint-Cyr; Marina, conde Jaucourt; canciller y presidente de la Cámara de los pares, Dambray; Justicia, Pasquier, encargado interinamente del ministerio del Interior, que Talleyrand reservaba como una de las concesiones hechas al emperador de Rusia, descontento de los sucesos de París. Para calmar la irritación del czar, el primer ministro resolvió que entraran en el gabinete dos hombres que poseían la confianza y el afecto de Alejandro: M. de Richelieu, antiguo emigrado que había permanecido largo tiempo al servicio de Rusia, y el conde Pozzo di Borgo, ayudante del emperador, originario de Córcega, que podía recuperar su calidad de ciudadano francés. Sin consultar siquiera á Richelieu, ausente, Talleyrand le hizo nombrar ministro de la casa real, cargo vacante desde la dimisión de Blacas; y el ministerio del Interior fué dado al general Pozzo di Borgo, que había de obtener al mismo tiempo un puesto en la Cámara de los pares. El general Macdonald fué nombrado gran canciller de la Legión de honor, en substitución del conde de Bruges, que había dimitido al enterarse del nombramiento de Fouché.

Talleyrand invitó á los nuevos ministros á comer el día 7 en su casa de París, á fin de acordar los detalles de la entrada del rey, fijada para el día siguiente, así como las medidas que hubiesen de tomarse para hacer desaparecer todo vestigio del gobierno provisional. Hemos visto cómo las tropas prusianas, por indicación de Fouché, disolvieron el día 7 la Comisión ejecutiva por él presidida y dispersaron á la Cámara de los pares. El cierre de la Cámara de representantes fué confiado al nuevo prefecto de policía, M. Decazes, joven ambicioso de hacer fortuna. En la reunión ministerial del 7 se acordó que todos los funcionarios del orden administrativo y judicial, todos los jefes y oficiales de las guardias nacionales que se encontraban en activo servicio el 1.º de marzo de 1815, fuesen reintegrados en sus funciones, y que el general Dessolle fuese repuesto en el mando de la guardia nacional de París.

El día 8 de julio, la capital ofrecía singular aspecto. En plazas y jardines acampaban tropas prusianas, con sus caballos, furgones y pertrechos de guerra; cañones cargados á uno y otro extremo de cada puente; puestos enemigos en los principales puntos de concentración; centinelas prusianos ó ingleses en todas partes; y un gentío numeroso, inquieto, aglomerado ó circulando sin determinado objeto por las principales vías, que atravesaban incessantemente patrullas de la guardia nacional, cuyos hombres llevaban todavía la escarapela tricolor en sus morriones de pelo; la bandera tricolor flotaba en los edificios públicos, y confundíanse en las esquinas, en las puertas de las alcaldías, en las fachadas de muchas ca-

sas particulares y hasta en el tronco de los árboles del bulevar los decretos del gobierno provisional con el real manifiesto de Cambrai, la *declaración de derechos* y la *declaración de principios* de la Cámara de representantes con las órdenes del día de Massena. La autoridad no aparecía por ninguna parte; podíase creer que todo gobierno había desaparecido.

Poco antes de las cuatro de la tarde, empiezan á oírse cañonazos. La muchedumbre, sorprendida, se detiene, se mira mutuamente y se interroga. De pronto un pelotón de caballería y varios oficiales de estado mayor de la guardia nacional recorren la línea de bulevares, anunciando que aquellas salvas son la señal de la llegada del rey. El gentío se pone en movimiento; las banderas tricolores son substituídas por banderas blancas, y lo mismo hacen los guardias nacionales con sus escarapelas. Militares y paisanos se encaminan hacia la calle del Faubourg-Saint-Denis.

Luis XVIII entraba por la barrera del mismo nombre. Había llegado hasta allí en coche cerrado, escoltado á la derecha por el conde de Artois, á caballo y en traje de guardia nacional, y á la izquierda por el duque de Berry. Tras de ellos venía un numeroso grupo de notabilidades militares, en que figuraban los generales Marmont, Víctor, Oudinot, Macdonald, Gouvión-Saint-Cyr, Clarke (duque de Feltre), Maisón, Dessolle y Villate. El cortejo se componía de guardias de corps, de varias otras compañías de la casa militar del rey, mosqueteros, caballería ligera y gendarmes, algunos granaderos á caballo y un corto número de voluntarios realistas. La guardia nacional formaba doble cordón. Luis XVIII fué recibido en la barrera por la corporación municipal, presidida por el prefecto, M. de Chabrol, quien, acercándose á la portezuela del coche real, leyó un discurso que empezaba con esta frase:

«Cien días han transcurrido desde el momento fatal en que Vuestra Majestad, obligada á desprenderse de lo que más quería, abandonó su capital en medio de las lágrimas y de la consternación públicas.»

Frase engañosa como la mayor parte de las lisonjas tributadas á las personas reales, pues Luis XVIII había salido de las Tullerías solo, en medio de las tinieblas más espesas, sin que nadie en París, ni aun la servidumbre de palacio, se enterase de ello. El rey, que para escuchar al prefecto había bajado el cristal de la portezuela, volvió á subirlo vivamente, después de haber contestado con algunas palabras vagas, y se retiró al fondo del coche. Hubiérase dicho que quería sustraerse al triste espectáculo de aquella capital conquistada y de aquel pueblo humillado. A su paso, las aclamaciones eran raras; la masa de espectadores permanecía silenciosa, con el rostro inquieto ó sombrío. La escena cambió, sin embargo, cuando Luis XVIII entró en las Tullerías. Los jardines, abiertos de pronto, fueron invadidos por una infinidad de señoras de la alta sociedad, que al pie de las ventanas de las habitaciones reales cogieron de las manos á los oficiales y aun á simples soldados extranjeros, formando numerosos círculos acompañados de cantos de alegría y de gritos de triunfo, y cuyo abandono desordenado vino á recordar las vergonzosas manifestaciones del 31 de marzo de 1814.

Aquellas danzas y aclamaciones podían ocultar difícilmente al rey las deplorables circunstancias de su re-

greso, pues la conquista de los aliados se extendía hasta la propia residencia del monarca. Al anochecer de aquel mismo día, mientras continuaban con nuevo brío los cantos y las danzas en el jardín de las Tullerías, una brigada de mineros prusianos barrenaba el puente de Jena para volarlo. A instancias del gobierno, el duque de Wellington intervino en favor de la conservación de aquel monumento cerca de Blücher, resuelto a destruirlo, lo mismo que el puente de Austerlitz y la columna de la plaza Vendôme. Toda consideración y toda súplica fueron inútiles, como lo fué que el ministerio publicase un decreto cambiando el nombre del puente de Jena por el de los *Inválidos* y el de Austerlitz por el de *Puente del jardín del rey*. Los prusianos continuaron su obra volando tres barrenos que descoyuntaron dos pilastras, y hubieran llevado a cabo sus proyectos de destrucción, si los monarcas extranjeros, que llegaron a París el día 10, no lo hubiesen impedido á instancias de Luis XVIII. Pero éste y su consejo tuvieron que luchar contra nuevas violencias.

El ministro de los Países Bajos, inmediatamente después de la entrega de París á los ingleses y á los prusianos, había pedido á Wellington la restitución de los cuadros del Museo que pertenecían á Holanda y á Bélgica en el momento de la conquista ó de la anexión de estos dos Estados á Francia. Dicha reclamación, transmitida oficialmente á Talleyrand, quedó sin respuesta. Pero en tanto que el ministro holandés procedía por vía diplomática, Blücher, invocando supuestas promesas hechas en Gante por Luis XVIII y la positiva voluntad de su soberano, instaló dos batallones prusianos en los patios y en las galerías del Museo é hizo recoger militarmente todos los cuadros que podían proceder de los antiguos departamentos franceses del Rin y de los pequeños Estados alemanes que los tratados de Viena habían dado á Prusia. Excitado por tal ejemplo, el ministro de los Países Bajos pidió á Wellington, como comandante de las tropas de su soberano, una fuerza armada suficiente para hacerse también justicia por sus propias manos. Wellington, metódico y formalista como siempre, sometió esta nueva reclamación á los ministros de las cortes aliadas, que la aprobaron. El duque la trasladó á Talleyrand, quien le prometió una respuesta para el día siguiente. La respuesta no vino. Wellington se avistó nuevamente con el presidente del consejo, haciendo valer sobre todo lo convenido acerca de las restituciones en las conferencias de Saint-Cloud. Talleyrand contestó que la monarquía no tenía nada que ver con los compromisos contraídos por el gobierno provisional; que si los agentes de aquel deplorable gobierno habían tenido por conveniente abandonar objetos de arte cuya posesión fué garantizada á Francia por el tratado de paz de 1814, el rey, más celoso de la dignidad de su corona y de los intereses del reino, no podía ratificar aquel sacrificio; que puesto que los soberanos extranjeros se habían armado no contra Francia, sino contra Napoleón, la caída de éste y la dispersión de sus adictos no podían tener más resultado que el de volver á poner las cosas tal como estaban antes del 20 de marzo, y dejar, por consiguiente, al Museo las riquezas que poseía desde el tratado de París. Toda razón fué inútil. Wellington replicó que «era necesario aprovechar aquellas circunstancias para

dar una gran lección de moral al pueblo francés,» y la fuerza armada pedida por el ministro neerlandés descolgó y embolsó el día siguiente los cuadros que éste reclamaba. Las demás potencias hicieron lo mismo, y el Museo fué saqueado; y como la operación fué hecha por manos inexpertas, se rompieron muchas esculturas y se rasgaron muchos lienzos. Otras colecciones públicas de objetos de arte, libros, manuscritos, estampas, medallas, cartas y planos, lo mismo que varios gabinetes de física y de historia natural, corrieron igual suerte que las galerías del Museo, sin que fuesen respetadas siquiera las habitaciones que Luis XVIII y su familia ocupaban en el palacio de las Tullerías.

El ejército inglés únicamente tenía en el casco de París unos cuantos retenes; el grueso de sus tropas acampaba en el bosque de Boulogne, á excepción de algunos destacamentos estacionados en los arrabales de la Villette y de la Chapelle-Saint-Denis. En cambio Blücher había exigido para todos sus soldados mesa abundante y alojamiento cómodo en el interior de París.

Y menos mal si los parisienses no hubiesen tenido que dar de comer y alojar más que al ejército prusiano; pero los de Alejandro y del emperador de Austria no habían tardado en unirse á los 50.000 hombres mandados por Blücher. No bajaban de diez los alojados en cada casa, y hubo habitante, como el ex ministro Montalivet, por no citar más que un ejemplo, que estuvo manteniendo y albergando á cincuenta soldados de caballería con sus monturas. Los jefes daban á los soldados el ejemplo de las más brutales exigencias; el general Thielmann, alojado durante algunos días en el hotel del general Ney, se apoderó de los coches y de los caballos de la generala, llevándose hasta los arneses que había en las caballerizas. No siempre eran soportados con paciencia aquellos excesos; hubo represalias, algunas de ellas sangrientas, que obligaron á los alojados á tomar medidas excepcionales, como la de dormir juntos todos los albergados en una misma casa, con un centinela á la puerta de la habitación. A fin de evitar conflictos, los generales aliados no tardaron en retirar sus tropas de los barrios populares. En vano el municipio puso á su disposición los vastísimos cuarteles vacíos de la capital; los generales alegaron que no querían encerrar á sus soldados, y el municipio tuvo que construir para ellos en los jardines del Luxemburgo, en las principales plazas y en los muelles más anchos, espaciosos barracones de madera, verdaderos cuarteles, constantemente rodeados de un cordón de centinelas y protegidos por cañones cargados de metralla.

Las autoridades de la capital no ofrecían á los ciudadanos más que una protección ilusoria contra los abusos de la conquista, pues ellas mismas se encontraban sin apoyo y sin fuerza. Una orden firmada por Blücher y Wellington había puesto la guardia nacional y la gendarmería, únicas fuerzas francesas organizadas que quedaban, bajo la dirección del general prusiano Müffling, nombrado gobernador de París. Mal podía contarse con este general, hechura de Blücher, para contener el desbordamiento de requisas que numerosos oficiales de estado mayor hacían á todas horas en la Casa Consistorial; unos exigiendo hoteles para sus generales, otros pidiendo mesa para la oficialidad, no faltando quien reclamase muebles y hasta subsidios metálicos. Aque-

llas requisas, formuladas en cien dialectos distintos y con modales á menudo bruscos, habían obligado al prefecto á crear una oficina en que se hablaban todos los idiomas de Europa; pero eran tantas las reclamaciones y tan exageradas las exigencias, que difícilmente podían atenderlas los empleados. Blücher se mostraba intratable; exigió de la autoridad municipal los cien millones de contribución de guerra que había reclamado al gobierno provisional. En vano el duque de Wellington, en dos despachos, procuró moderar la impaciencia de su colega, haciéndole observar que en una alianza general no era justo que una de las partes tuviese para ella sola todos los beneficios de operaciones comunes. Blücher amenazó con apoderarse de todas las cajas públicas y echar mano de los fondos depositados en el Tesoro y en el Banco. La llegada de los soberanos impidió tales atropellos. Sin embargo, fué reconocido el principio de la contribución de guerra; no se hizo más que reducir el sacrificio, y París tuvo que redimirse de la cólera de los prusianos á costa de diez millones, cuyo pago estuvo encargado de asegurar, como gobernador de la ciudad, aquel mismo general Müffling que fué uno de los firmantes de la capitulación. De dicha cantidad, cuatro millones eran pagaderos en cuarenta y ocho horas, y el resto en ocho días. Müffling instaló inmediatamente como plantones en la Casa del Ayuntamiento cien soldados y un oficial, que hasta el pago del último céntimo se presentaban cada mañana en el despacho del prefecto, recordándole la deuda y amenazándole con enviarle prisionero á Prusia si no se efectuaba la entrega de la cantidad correspondiente á aquel día. Al salir del despacho de M. Chabrol, los cien soldados y el oficial invadían el salón de sesiones del Ayuntamiento, y apoderándose, en cierto modo, de cada concejal, renovaban su aviso y sus amenazas, permaneciendo á veces largas horas sin querer retirarse. Aquella contribución no impidió las requisas de géneros; á la alcaldía del 10.º distrito le fueron pedidos 10.000 pares de zapatos, y como no contestara, fueron saqueados varios comercios. Uno de los concejales que trató de oponerse al pillaje fué detenido y amenazado á su vez con ser confinado á una fortaleza prusiana. Conducido, á petición suya, ante el prefecto, Chabrol lo envió á Talleyrand, y el primer ministro de Luis XVIII, que le reconvino por su resistencia, le aconsejó que huyese ó se ocultase para ganar tiempo. Las tropas inglesas, acampadas en el bosque de Boulogne, eran menos gravosas y molestas que las prusianas para la población de París, que les proporcionaba asimismo lo necesario; sin embargo, cometieron excesos, como el de talar casi todo aquel frondoso parque.

Pero si en París la presencia de los soberanos ofrecía contra los atropellos de los generales y de la soldadesca un recurso no siempre desatendido, y las autoridades hallaban en la protección inmediata del gobierno una especie de fuerza moral, en provincias no había quien protegiese á las poblaciones contra los excesos de los invasores, y el derecho de conquista se ejercía en ellas con una violencia sin límites. Versalles fué la primera víctima; sus habitantes no habían opuesto resistencia alguna, pero las tropas francesas habían destruido dos regimientos prusianos á poca distancia de sus muros; Blücher entregó varias calles al saqueo; de muchos edi-

ficios, como de la manufactura de armas, no quedaron más que las paredes; exigieronse dos millones á la ciudad y al departamento, que tuvieron que proporcionar además el vestuario, equipo y armamento de 1.600 soldados de infantería, 200 artilleros, 600 jinetes y 600 caballos. Aquellas exacciones y rigores se extendieron con la invasión, cuya oleada siempre en aumento no tardó en invadir hasta los últimos confines del reino, porque si bien los cuerpos de ejército venidos con los emperadores de Austria y Rusia fueron al principio los únicos que siguieron á las tropas de Blücher y de Wellington, nuevos contingentes de todos los Estados de Europa invadieron luego las fronteras de Francia. Parte de aquellos Estados hubieran permanecido neutrales si hubiese continuado la lucha empezada el 15 de junio; algunos de ellos hasta hubieran aceptado ó solicitado probablemente la alianza con la nación francesa; pero habiendo terminado la guerra con la entrega de Francia por sus generales y sus gobernantes, sin un conato de lucha, no hubo príncipe ni principillo que no tuviese ganas de disfrutar de la derrota de esta nación tanto tiempo dueña de los demás pueblos y que no se vanagloriase de hollar el suelo francés como vencedor, para llevarse á su capital ó á su castillo un trofeo cualquiera ó un girón del botín. Desde la rendición de París, cada día se anunciaba la invasión de nuevas tropas. Era un desbordamiento de Europa entera sobre toda Francia. Hasta los españoles siguieron aquel impulso universal; Fernando VII envió dos cuerpos de ejército que penetraron en territorio francés por la Navarra y el Rosellón. Aquellas invasiones duraron cerca de tres meses, y exceptuando algunos departamentos inmediatos al Allier y al Loira y ocupados por las tropas nacionales, Francia presentaba entonces el aspecto de un inmenso campamento, en que se estacionaban agrupados por naciones cerca de 1,200.000 soldados procedentes de todos los puntos de Europa.

Además de los gastos ordinarios de la ocupación, cada departamento, cada ciudad y cada pueblo tenían que soportar requisas de ropa blanca y toda clase de prendas de vestir, arneses, galones y hasta espuelas, por valor de muchos millones de francos. Para los aliados, el menor incidente servía de pretexto para una contribución de guerra. Porque algunos gritos de *¡Viva el Emperador!* saludaron al cardenal Fesch á su salida de la iglesia de Bourg, donde acababa de celebrar misa, de paso para Italia, el general austriaco que mandaba las fuerzas de ocupación del departamento del Ain impuso inmediatamente á dicha ciudad una multa de 60.000 francos, que los habitantes tuvieron que pagar en el perentorio plazo de veinticuatro horas. A su llegada á Orleans, por la mañana, los prusianos exigieron una contribución de guerra de 600.000 francos, pagaderos antes de anochecer, so pena de ejecución militar. El segundo regimiento de la guardia wurtemberguesa, acantonado desde hacía cinco semanas en Chéroy, villa populosa del departamento del Yonne, y en los pueblos inmediatos, había agotado pronto todos los recursos de los municipios. Llegó la orden de marcha, y el coronel, alojado en casa del alcalde de Chéroy, hizo prender en el acto á este magistrado, declarándole que permanecería prisionero hasta que le hubiese pagado un rescate de 2.400 francos. En tanto que dos concejales iban á Sens para re-